



Encuentros con Stanley Cavell

Edición de David Pérez Chico y Moisés Barroso Ramos, Plaza y Valdés, Madrid, 2009, 288 pp. ISBN 978-84-96780-55-2

En el panorama de la filosofía contemporánea resulta cada vez más acertado algo que Paul Valéry escribió en sus *Estudios filosóficos*: “El número de rostros incompatibles que puede aplicarse a alguien pone de manifiesto la riqueza de su composición”. Para un filósofo como Stanley Cavell ésta no podría ser una descripción más cabal de su contribución al pensamiento contemporáneo. Cavell es hoy por hoy uno de los pensadores más originales de la filosofía actual, un intelectual versátil que concibe el oficio de filosofar como una labor de composición de recitales o largas conversaciones. En este sentido, la descripción de Valéry constituye un punto de partida bastante ajustado a la hora de penetrar sin prejuicios filosóficos en un pensamiento complejo, fragmentario y, en ocasiones, laberíntico como el de Cavell.

La obra de Stanley Cavell participa del estilo expositivo de temas filosóficos que ha sido característico de mucha de la filosofía europea de la segunda mitad del siglo XX, especialmente en la estela de los escritos de Walter Benjamin, si bien este estilo es muy poco habitual en su tradición teórica de partida, la analítica. El carácter multifacético de sus textos, constelaciones de problemáticas con distintas intensidades de condensación expresiva que a veces es aforística, otras

descriptiva y, por momentos, absolutamente torrencial, es el que le ha granjeado una fama de autor difícil, pero también constituye justo lo que ha hecho posible su diálogo fecundo con la filosofía de origen europeo, principalmente franco-germana. Resulta especialmente meritorio, además, que en su día abordase este diálogo en un momento en el que una sensibilidad hacia el intercambio de perspectivas como la exhibida por nuestro autor no se correspondía con la situación filosófica en su país, donde los departamentos de filosofía exhibían una interpretación muy estrecha de lo que se podía considerar como “objetos de estudio” serios, esto es, el tipo de cuestiones de las que se supone que se preocupa normalmente un filósofo de tradición analítica. No obstante, aunque la constelación teórica en la que Cavell se inició fuera la filosofía analítica, dentro de la misma se ha encuadrado en una línea heterodoxa respecto a los postulados principales del positivismo lógico. La adopción de esta línea en Cavell se debe al doble magisterio de Wittgenstein y de Austin que, junto con la herencia emersoniana, son el origen de que Cavell ponga en marcha su aparato teórico entendido como método o instrucción, basándose para ello en la metodología propia de la filosofía del lenguaje cotidiano. Un rasgo crucial de su idiosincrática y estimulante interpretación de las ideas de Wittgenstein es el retrato antropológico que nos presenta como criaturas llegadas al lenguaje y cargadas de responsabilidad por él. Un aspecto éste que el libro que tenemos en las manos, *Encuentros con Stanley Cavell*, ha sabido reflejar al no proponerse simplemente como un homenaje sino más bien como un encuentro, hecho de palabras heterogéneas.

La creciente valoración de la obra de Cavell entre profesores de filosofía de distintas orientaciones teóricas es una buena muestra de que la mala prensa filosófica que tuvo antaño el eclecticismo viene cediendo espacio a una “sensibilidad hacia la complementariedad”. La obra de Cavell, en su organicidad pluralista, permite ver *en acción* la posibilidad de empujar constantemente desde dentro las fronteras del discurso filosófico como actividad autorreflexiva. El incesante re-trazado y disolución de los marcos disciplinarios, del que el libro se hace eco, es un rasgo característico de la empresa filosófica de Cavell, empeñada, como el propio autor ha expresado, en recuperar antes que ninguna otra cosa *la voz de lo humano* en la conversación del pensamiento. Así, el filósofo norteamericano nos ofrece en cuanto a temas, obras y contenidos un estilo filosófico inclasificable donde se dan cita la filosofía del lenguaje cotidiano, el impulso metafísico, la literatura, la reflexión ética, el cine o la vida cotidiana.

Encuentros con Stanley Cavell, editado por David Pérez Chico y Moisés Barroso, contribuye perfectamente a enriquecer la cultura filosófica en lengua española con la presentación de un proyecto de diálogo con el pensador norteamericano, un espacio lleno de buenas ideas y de momentos brillantes. Tanto los editores como los autores —el propio Cavell, acompañado de Russell B. Goodman, Antonio Lastra, Ludwig Nagl, Javier Alcoriza, Richard Eldrige, Carlos Thiebaut, Sandra Laugier, Diego Ribes Nicolás, Davide Sparti y Víctor J. Krebs— parecen haberse encontrado en ese particular estado de gracia consistente, como suele decir Cavell, en el instante fugaz en el que se “alinean mundo y palabras”. En este libro se han alineado en una ejemplar polifonía voces y discursos de muy diferente tonalidad, efectuando una composición coral que nos ofrece un cierto *tono de filosofía*. No podía ser de otro modo: si algo caracteriza a la filosofía en su origen es su talante de diálogo, su sostenida voluntad de conversación infinita, por usar la fórmula bataillana o rortyana. El ejercicio de construir la vida de la ciudad, la vida en común, tal como son esas *ciudades de palabras* a las que se refiere Cavell, consiste en tomar la pala-



LIBROS



Encuentros con Stanley Cavell

bra y, sobre todo, ser responsable de ella y de lo que implica. Una labor de clarificación y de cuidado que no es patrimonio de ninguna tradición filosófica en particular, sino justamente de la capacidad de filosofar como algo que se hereda activamente, en el seno de tradiciones que uno prolonga y cuestiona.

La labor conjunta de los dos compiladores se percibe en el equilibrio con el que se ha diseñado el libro. Al ser uno especialista en filosofía analítica y otro en filosofía europea, han procurado una ponderada representación de los dos contextos filosóficos donde la obra cavelliana suscita interés, ofreciendo así un volumen adecuado en diseño y contenido a la recepción de la obra de Cavell en nuestro entorno cultural. Hay que criticar, no obstante, que involuntariamente hayan contribuido, en la nota introductoria, a alimentar la imagen de Cavell como un autor poco conocido en nuestro país. Es cierto que hace años la situación era ésa en efecto pero cabe dudar de la necesidad de que hoy día se presente un libro sobre Cavell con esa premisa: la traducción de un número considerable —y en aumento— de sus obras a la lengua castellana es buena prueba de ello.

Un rasgo particularmente acertado de este libro es el de haberlo concebido como ejercicio de experiencias de lectura, tal como sus propios compiladores nos aclaran: “El presente volumen reúne a varios editores, traductores y buenos lectores de la obra de Cavell... su misión consistía en escribir a partir de su experiencia al leerlo”. No puede resultar más adecuado a la centralidad de esta categoría en la obra cavelliana el que el libro está articulado en torno a la idea de experiencia. Cavell identifica en la evaluación crítica de la experiencia la posibilidad de construir un lugar de responsabilidad, considerado como implicación con una red compartida de acciones, así como también como el inicio de la reivindicación de una voz propia desde la que hablar y consentir que otros hablen por uno. Todo ello implica una relación de *lectura en profundidad* con el mundo, de autognosis y auto-diagnos, que sólo puede provenir, entonces, de efectuar la experiencia de lo común, en el doble sentido, como algo compartido con otros y como algo enraizado en lo más íntimo, en lo más cotidiano.

Así, por contraste con el proyecto de diversas éticas dialógicas de escapar al subjetivismo propio de la modernidad mediante la constitución intersubjetiva de una nueva comunidad trascendental, Cavell pretende hacer valer la dimensión subjetiva, la experiencia personal, como caja de resonancia donde suena una voz, un discurso en primera persona, pero que también, y antes que nada, es plural. Se

trataría del intento de reconstrucción de dimensiones de intersubjetividad y de racionalidad sin prescindir de los sujetos empíricos, de sus cuerpos, de sus palabras y de sus pasiones. En suma, la experiencia de ser nadie, ser alguien y ser todos, a la vez, y en sucesivas posiciones.

La experiencia estética es decisiva en este proceso, como muestran bien las aproximaciones de *Encuentros*. La esfera de lo estético se concibió en la modernidad no como un ámbito de acción opuesto a la razón, sino como su suplemento necesario, de manera que no representaba un mero análogo de la razón política sino casi su sustrato. Esta ambivalencia esencial entre racionalidad de tipo pluralista, pasional y racionalidad de tipo lógico ha sido una tensión medular de la modernidad. De ahí que tanto la idea de la importancia de lo estético, como la de cultura, hayan sido tan cruciales: porque ponen de manifiesto la necesidad de imaginar una concepción universal de la existencia pero singular, propia, cotidiana. Durante la Ilustración la estética se pensó como un ámbito donde la libertad y la necesidad, la autoafirmación y la ley, la diferencia y la norma, parecían reconciliarse idealmente. Gran parte de la lectura crítica de Schiller a Kant caminó por esta orientación. Con el tiempo, sin embargo, el culto a lo estético marcó el principio de una decadencia de la experiencia común al tornarse síntoma del malestar de una cultura que acabó por convertir lo estético, merced a una subjetivización radical, en sucedáneo o sustituto de lo político.

Lo que interesa a Cavell es justamente el ideal de armonía romántico del hombre completo —hombre real y hombre ideal— a través de la educación estético-ética de los ciudadanos, precisamente esa educación que se deja sentir como latido profundo en el Kant mundano de la Tercera Crítica. La investigación de los potenciales de racionalidad contenidos en las experiencias de lo estético hace posible hoy imaginar procesos sociales donde lo subjetivo no acaba siendo fagocitado en la esfera de la irracionalidad —o del consumo, como un nicho más en el mercado de experiencias. Y si no lo hace puede ser en virtud de un rasgo muy específico: su referencia al mundo social, a la esfera de lo común. Ejercicios de lectura y puesta en común como *Encuentros con Stanley Cavell* nos recuerdan que este proceso de composición, de contrapunto, es todavía posible.

Alicia García Ruiz